

RESEÑAS DE LIBROS

GEORGE W. GRAYSON, *The Politics of Mexican Oil*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1980, 283 pp.

Una consecuencia natural del nuevo papel de México como potencia petrolera es la proliferación de estudios sobre el petróleo mexicano. El más reciente ejemplo de esta tendencia dentro de los círculos académicos norteamericanos es esta obra del profesor Grayson. Este libro intenta ser un estudio de varios aspectos del desarrollo de la industria petrolera, desde 1901 hasta 1980. La obra consta de diez capítulos, de los cuales los primeros cinco se refieren a los aspectos domésticos del petróleo: los principios de la industria; la formación de PEMEX; la política petrolera de López Portillo; el sindicato de trabajadores petroleros; y el petróleo, la generación de empleos y el desarrollo económico. Los siguientes cuatro capítulos examinan el petróleo mexicano en el contexto internacional: México y la OPEP; el papel de los hidrocarburos en las relaciones México-Estados Unidos, en concreto lo referente a las negociaciones sobre las ventas de petróleo y gas natural; y el conflicto causado por los daños ambientales de la explosión del pozo Ixtoc I. En el último capítulo se examinan las perspectivas del petróleo mexicano, intentando contestar una pregunta planteada en la introducción: la de si la riqueza petrolera podrá "liberar a los ciudadanos empobrecidos dependientes de la élite que domina el sistema social mexicano altamente estratificado".

La lectura de este libro es provocativa: se señalan infinidad de puntos interesantes y se emiten juicios de valor, aunque desgraciadamente no se profundizan unos, ni se matizan otros, lo que contribuye a que la posición del autor en varias instancias resulte ambivalente. Por ejemplo, por un lado Grayson celebra la expropiación de las propiedades de las compañías extranjeras que habían explotado flagrantemente la riqueza petrolera del país y que "arrogantemente se inmiscuían en la política del país huésped". Por otro lado, afirma que el nepotismo, la corrupción, la ineficiencia y el descuido hundieron a la antes próspera industria petrolera y retardaron su desarrollo eficiente, aún más que las compañías transnacionales que explotaban el petróleo mexicano antes de la expropiación. Hubiera sido interesante saber cuáles fueron, para Grayson, las ventajas concretas que México obtuvo con esta medida.

Por otra parte, el autor justifica la expropiación desde el punto de vista de las demandas obreras de aumentos de salarios y prestaciones; si bien admite que los trabajadores petroleros eran los mejor pagados, señala que las ganancias y beneficios de su contraparte extranjera acentuaban las carencias de los petroleros mexicanos. Sin embargo, Grayson también justifica que, una vez expropiada la industria, no se haga efectivo el aumento salarial a los trabajadores, argumentando que los salarios de los petroleros eran los más elevados de la república. Esta ambivalencia de Grayson, le impide llevar a cabo un análisis más profundo del papel del sindicato petrolero (STPRM) en el acto de expro-

piación en particular. Si los trabajadores eran los mejor pagados del país bajo el capital extranjero ¿fueron realmente ellos quienes dieron impulso a la expropiación o fueron utilizados por el gobierno como instrumento para exacerbar el nacionalismo y aumentar su popularidad interna en un momento de crisis política interna? Un estudio detallado sobre el papel del STPRM en la expropiación habría valido la pena.

Los capítulos más interesantes dentro del examen de la industria son los que tratan sobre la formación de PEMEX y el sindicato petrolero. En el primero se reseñan las gestiones de los diversos directores de PEMEX, entre los que destacan Antonio Bermúdez, Pascual Gutiérrez Roldán, Jesús Reyes Heróles y Jorge Díaz Serrano. Grayson trata de evaluar los logros de cada uno de ellos y de señalar los puntos negativos de cada administración. Los parámetros sobre los que se juzga la actuación de los directores de PEMEX son: sus relaciones con el movimiento obrero, sus actividades de exploración y desarrollo de la infraestructura petrolera, y las relaciones de PEMEX con el sector privado. Este capítulo está bien elaborado, aunque hubiera sido conveniente profundizar algunas cuestiones importantes, como por ejemplo, la creciente importancia de los vínculos establecidos por PEMEX con las compañías privadas, mexicanas y extranjeras. Grayson señala que bajo la dirección de Bermúdez se llegó a la decisión de dejar que los extranjeros volvieran a participar en la industria petrolera, que Bermúdez firmó un contrato con la Compañía Independiente Mexicano Americana en 1949, y que más tarde firmó quince acuerdos más, aunque "doce de las compañías interesadas se retractaron por lo que consideraron tratos desventajosos". Este punto precisaría mayor elaboración tratándose de un aspecto tan importante como la nueva participación extranjera en una industria nacional. Sin embargo, no se explica de qué clase de acuerdos se trataba, si eran contratos de exploración, perforación o asistencia técnica, ni cuáles fueron las condiciones que las compañías extranjeras consideraron desventajosas.

El capítulo referente al sindicato petrolero (STPRM) es en nuestra opinión el más interesante y el mejor documentado, con la salvedad de que no se analiza el papel del movimiento sindical en la expropiación, como ya habíamos señalado anteriormente. El autor logra una buena descripción de las causas del enorme poder del sindicato, basado en la centralización del poder, en el equilibrio existente entre el control regional y la autonomía local del sindicato, en el hecho de que el sindicato tiene el monopolio de la contratación (con la excepción de los empleados de confianza), todo esto aunado a la importancia estratégica del petróleo. La última parte de este capítulo describe la corrupción existente dentro del STPRM y el papel de los *bosses* dentro de él. Contiene detalles de hechos importantes, como la masacre de Poza Rica de 1958; o que el STPRM tiene un representante ante el Congreso, pero el autor no logra examinar a fondo estos hechos, ni analizar sus consecuencias.

En su conjunto, la descripción de la industria petrolera mexicana que se lleva a cabo en la primera parte del libro, es una buena exposición general sobre el tema; sin embargo, encontramos que la sección histórica referente a los primeros años de la explotación del petróleo en México no está a la altura del resto y sería conveniente señalar concretamente por qué. El autor no reporta aquí investigación original, ateniéndose casi exclusivamente al capítulo dos de la obra de Richard Mancke *Mexican Oil and Natural Gas* (Nueva York, Praeger Publishers, 1979), que no es precisamente la obra más recomendable para des-

cribir la parte histórica, basada como está en unas cuantas fuentes secundarias, y no en las mejores. Este capítulo se basa en gran parte en un libro llamado *Mexican Petroleum*, publicado en 1922 por la Pan American Petroleum and Transport Company, compañía propiedad de Edward L. Doheny (principal inversionista petrolero norteamericano en México). *Mexican Petroleum* contiene información interesante y puede ser una buena fuente complementaria, pero dista de ser la mejor fuente para describir la primera época del desarrollo petrolero en México. Es en este libro donde aparece por primera vez la historia del anónimo capitán de barco bostoniano que llegó a México en 1876, descubrió petróleo, fundó una compañía para su explotación y construyó una pequeña refinería en el río Tuxpan, pero cuando sus socios rehusaron proveer más fondos para incrementar la producción "el viejo capitán desilusionado se suicidó". Esta historia, nunca documentada, ha sido repetida por M. Wilkins, *The Emergence of Multinational Enterprise* (pp. 122-3); por J.D. Lavín, *Petróleo* (p. 21); por J. García Granados, *Los veneros del diablo* (pp. 17-8); y ahora por Grayson (p. 4). Lo que resulta curioso es que además de la referencia inicial de Doheny a esa historia, ningún otro autor ha presentado evidencia alternativa sobre su veracidad. Lo que pudo ser un producto de la mente de Doheny ha sido así elevado a la categoría de hecho histórico.

Aparte de la poca originalidad de su investigación histórica, la primera parte contiene afirmaciones incorrectas. Basándose en Mancke, Grayson afirma que Doheny fue invitado por Henry Clay Pierce a explorar la zona petrolífera de Tampico. Esta afirmación es incorrecta, e ilustra la falta de rigor tanto de Mancke como de Grayson, ya que en *Mexican Petroleum* (obra supuestamente conocida por Mancke), Doheny mismo señala (p. 15) que realizó este viaje inducido por el entonces presidente del Ferrocarril Central Mexicano, A.A. Robinson. Cabe mencionar que esta información también se encuentra en el testimonio de Doheny ante la subcomisión del Senado norteamericano presidida por el senador Albert B. Fall, encargada de investigar la cuestión de los daños ocasionados a bienes y ciudadanos norteamericanos en México durante la revolución (66th Congress, 2nd Session, *Investigation of Mexican Affairs*, vol. 1, p. 209), por lo que el error de Grayson y Mancke es injustificable.

Un último punto al que queremos referirnos en la crítica de esta primera parte es que el profesor Grayson copia una cita textual tal como aparece reproducida en Mancke, incluidos los errores de dicha reproducción. Nos referimos a un párrafo de *Mexican Petroleum* (p. 17) en el que Doheny describe su grata sorpresa al explorar la zona occidental de Tampico, donde un guía le mostró dos sitios con exudaciones activas de petróleo. Mancke cita a Doheny, pero omite una parte sin indicarlo con puntos suspensivos, y comienza la cita con una mayúscula que no existe en el original, faltas que Grayson repite. Pero basta de detalles tales que, aunque no de gran importancia en sí, es necesario señalar para llamar la atención a la falta de cuidado de los autores.

De la segunda parte del libro que trata sobre el petróleo mexicano en el contexto internacional sobresalen los capítulos referentes a México y la OPEP y los conflictos ocasionados con Estados Unidos a raíz de la explosión del Ixtoc I. Se arguye convincentemente en el primero que a México no le representaría grandes ventajas la pertenencia a la OPEP, dado que se beneficia de sus externalidades, por así decirlo, manteniendo al mismo tiempo su independencia, además de que México puede cobrar mayores precios por su petróleo

que los países miembros de este cartel internacional, dado que sus costos de transporte a Estados Unidos son más bajos, aunque esta cuestión ya había sido examinada más a fondo por Richard Mancke (pp. 95-102).

Los capítulos restantes de la segunda parte, son versiones modificadas de artículos publicados anteriormente en diversas revistas especializadas. Son por lo general interesantes y el autor demuestra tener un buen conocimiento del panorama petrolero contemporáneo. El único capítulo que nos parece fuera de lugar es el 7, "Oil and US-Mexican Relations", cuyo título no corresponde a su contenido: más que una evaluación de la política energética de Estados Unidos y de cómo influye el petróleo en su política hacia México, el capítulo se limita a hacer una relación de los elementos que determinan de manera más general las relaciones mexicano-norteamericanas. Tales son el papel de grupos de presión oficiales y privados en la formulación de la política norteamericana hacia México, la cuestión del ingreso de México al GATT, los indocumentados, o la protección arancelaria a las exportaciones mexicanas. Estos temas, son tratados sin evaluar el papel que el petróleo podría tener como arma de negociación en estos puntos, además de que la exposición en sí de dichos temas es demasiado general. Hubiese sido más interesante que Grayson se hubiese restringido al petróleo, mirando a las otras cuestiones sólo a la luz de, o en su relación con el tema principal que da título al libro. En particular la sección titulada "Bilateral energy policy" trata de todo, menos de la política energética, sea de Estados Unidos o de México. Sin embargo, el siguiente capítulo sobre el tema específico de las negociaciones sobre las ventas de petróleo y gas natural a Estados Unidos suple parcialmente esta deficiencia, ya que reconstruye cuidadosamente esta controversia, se basa en evidencias sólidas, y resulta muy interesante.

Grayson concluye su obra con una evaluación del futuro del petróleo mexicano donde señala que la nueva riqueza petrolera sólo se puede considerar benéfica para México si ésta contribuye a resolver el problema fundamental del país: el desempleo. La forma de traducir la bonanza petrolera en la creación de nuevos empleos sería, en opinión de Grayson, adoptando tecnologías intensivas en mano de obra y no en capital, es decir, evitando el copiar la tecnología de los países industrializados. Esta conclusión no es novedosa, aunque importante y de interés específico con referencia al caso del petróleo.

Se puede concluir, en fin, que ésta es una buena obra de divulgación sobre un tema de gran actualidad. El autor posee un magnífico sentido intuitivo para detectar aspectos claves de la compleja maraña que son los problemas petroleros, y a juzgar por sus trabajos anteriores en este campo, puede sin duda ser considerado como un acucioso observador de la escena petrolera mexicana. Por lo tanto, esperamos que en un futuro cercano Grayson nos presente otro trabajo donde se profundice más en estos aspectos.

ESPERANZA DURÁN